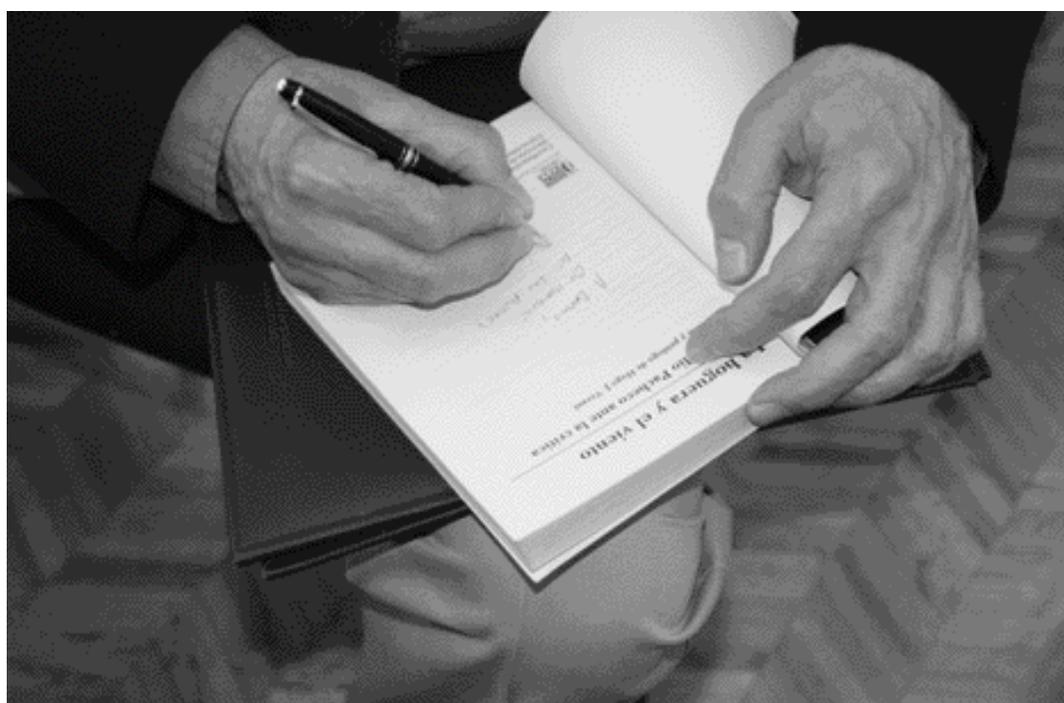


# La fuerza del anonimato

Ignacio Solares



Hay autores con quienes nuestra deuda es tan grande que es difícil expresarla. Autores con los que vivimos y convivimos a través de su obra y que nos acompañan en los momentos plenos o difíciles, que mitigan nuestra soledad o, mejor dicho, la vuelven relativa porque son nuestros compañeros siempre al leerlos y releerlos. Tal es mi caso con la obra de José Emilio Pacheco, a quien curiosamente empecé a leer en una sección que se titulaba “Simpatías y diferencias”, usualmente en la página 32 de la *Revista de la Universidad de México*, y que aparecía sin firma. Sabía, sí, por el directorio, que José Emilio era el jefe de redacción de nuestra revista: lo fue de septiembre de 1960 hasta principios de 1966, cuando su director era Jaime García Terrés. Gran época

de la *Revista de la Universidad de México*. Pero aquella espléndida sección de “Simpatías y diferencias” aparecía sin firma. Al igual que —con el mismo brillante estilo literario y la misma erudición— “La tarea literaria”, en “La Cultura en México”, el suplemento de la revista *Siempre!*, y poco después, en ese mismo suplemento, la sección “Reloj de arena” —hay que ver cómo aparece la arena como símbolo en la obra de José Emilio—, y otra, titulada “Calendario”. Pronto un amigo me dijo: las hace José Emilio Pacheco, por lo cual no fue difícil deducir que era también el autor de la sección anónima “El minuterero” en “El Heraldo Cultural”. Todo esto lo entendí en una declaración que le hizo a Elena Poniatowska: “Importan las cosas, no quienes las

# La poesía ayuda a vivir, es vida en sí misma y José Emilio afirma una y otra vez en su obra que la poesía contiene lo mejor del hombre.

hacen. A mí me gustaría que la literatura fuera anónima y colectiva”.

Así, cuando a principios de los años setenta lo invité a colaborar en el suplemento del *Excelsior*, “Diorama de la Cultura”, lo más que conseguí fue que firmara la sección “Inventario” por lo menos con sus iniciales. Sección que luego ha continuado en la revista *Proceso* y que, sin lugar a dudas, es una de las mejores del periodismo cultural que se hayan realizado en nuestro país a lo largo de su historia.

Por lo demás, esta actitud admirable, de tan alta calidad humana, impregna su obra de una fuerza y una vitalidad muy particulares. Nos dirá: “Me parece un milagro que alguien que desconozco pueda verse en mi espejo. / Si hay un mérito en esto / corresponde a los versos / no al autor de los versos”.

Parece, en efecto, que la literatura misma pasara a través de su autor, que llegara de eso que Jung llamó el inconsciente colectivo directamente al papel. Como diría Alfonso Reyes: “Todos lo sabemos entre todos”. Y más aún, nos dirá Pacheco: “Cada vez que inicias un poema / convocas a los muertos. / Ellos te miran escribir / te ayudan”.

Esta noción de la palabra como instrumento, capaz de “iluminar la sombra”, significa también: la palabra es un fin. La poesía ayuda a vivir, es vida en sí misma y José

Emilio afirma una y otra vez en su obra que la poesía contiene lo mejor del hombre y es una garantía contra la muerte, contra el desastre: uno de sus temas más recurrentes, y que ya aparece en *El reposo del fuego* de 1963.

El desastre y la destrucción, ante los que hay que tener siempre los ojos muy abiertos. Ésta, parece decirnos José Emilio, es una de las más importantes funciones de la literatura: recordar a los hombres que por más firme que parezca el suelo que pisan y por más radiante que luzca el sol que los ilumina, hay demonios escondidos por todas partes que pueden, en cualquier momento, provocar una hecatombe.

Para quienes la literatura merece considerarse como una conquista verbal de la realidad, no hay mejor posesión de la cosa misma que su lectura. Así, sólo la literatura es capaz de impregnar a ciertas ciudades y recubrir las con una pátina de mitología y de imágenes más resistentes, mucho más resistentes al paso de los años, que su propia arquitectura y su historia “real”, tal como sucede con *Las batallas en el desierto*: la mejor forma de acceder a la Ciudad de México de esos años. Y ello se debe a la poesía que, desde las primeras líneas logra transmitirnos una realidad atroz pero suspendida y sutil. Ahí, aun la materia en descomposición de “ese desastre” parecería, sin embargo, haberse contaminado de cierta idealidad y estar disolviéndose íntimamente con la misma calidad evasiva que la luz, que la pasión por la luz. Porque, Pacheco lo sabe, a pesar de su visión devastadora, quizás haya aún algo rescatable. Nos dice en un poema de *Islas a la deriva* —y que es mi predilecto:

En la madera que se resuelven chispa y llamarada  
luego en silencio y humo que se pierde  
miraste deshacerse con sigiloso estruendo tu vida  
Y te preguntas si habría dado calor  
si conoció alguna de las formas del fuego  
si llegó a arder e iluminar con su llama  
De otra manera todo habrá sido en vano  
Humo y ceniza no serán perdonados  
pues no pudieron contra la oscuridad  
—tal leña que arde en una estancia desierta  
o en una cueva que sólo habitan los muertos.

Por lo pronto, en este sentido Pacheco puede estar tranquilo, porque no hay duda: en su obra admirable habita el fuego. **[J]**



José Emilio Pacheco